

El descubrimiento de la infancia, modelos de crianza y categoría sociopolítica moderna

Resumen

En este artículo conformado por dos apartados, se argumenta, de una parte, que si bien la obra del historiador francés Philippe Ariès marcó el momento del descubrimiento historiográfico de la infancia, la obra del historiador norteamericano Lloyd DeMause recorre y fundamenta científicamente tal historia desde un enfoque “psicogénico” de los modelos de crianza y de las relaciones paternofiliales. Así mismo, de otra parte, se expone como en el marco de una interpretación inspirada en la historia social y genealógica de la obra de Rousseau y de los educadores humanistas, se concibe a la infancia como una categoría sociopolítica de la modernidad que extiende sus influencia hasta nuestros días.

Palabras claves: Infancia, enfoque, psicogénico, crianza, civilización.

Abstract

In this article conformed by two sections, one argues, of a part that although the French historian's Philippe Ariès work marked the moment of the discovery historiography of the childhood, the work of the historian american Lloyd DeMause it travels and it bases such a history scientifically from a focus “psychogenic” of the models of upbringing and of the relationships paternal filial. Likewise, of another part, it is exposed as en the mark of an interpretation inspired by the social and genealogical history of the childhood like a sociopolitical category of the modernity that it extends their influence until our days.

Key words: Childhood, vision, psycogenitics, growing, civilization.

1. Infancia y modelos de crianza

Se puede considerar que entre las obras existentes sobre la infancia en otras épocas, las mejor conocidas son quizás las Ariès (1973; 1986, 1987), sin embargo, éste no ha dejado de recibir una serie de críticas, así DeMause (1991), considera que el historiador francés deja no sólo en el limbo el arte de la Antigüedad sino que hace caso omiso de abundantes pruebas de que los artistas medievales sabían ciertamente pintar niños con realismo. Para el historiador norteamericano el argumento etimológico que emplea Ariès para demostrar el desconocimiento del concepto de infancia en cuanto tal es igualmente insostenible. En su opinión, la idea de la “*invención de la infancia*” es tan confusa que resulta extraño que la hayan recogido últimamente tantos historiadores. El segundo argumento de Ariès, a saber, que la familia moderna limita la libertad del niño y aumenta la severidad de los castigos, está en contradicción con todos los datos, concluye DeMause.

Como afirma Ulivieri (1986), si la obra del historiador francés marcó el momento del descubrimiento historiográfico de la infancia, la de DeMause intenta recorrer y fundamentar científicamente tal historia.

DeMause (1991) no acepta la existencia de una hipótesis de “felicidad” inicial de la infancia y, basándose en una periodización que se fundamenta en la transformación gradual en sentido positivo de la relación entre el adulto y el niño, esboza una historia de la infancia desde la antigüedad hasta hoy; en la cual la evolución de los modelos de crianza siguen este proceso: 1) infanticidio; 2) abandono; 3) ambivalencia; 4) intrusión; 5) socialización; 6) ayuda.

En definitiva, según este autor, los padres y adultos del pasado no carecían de amor a los hijos, pero les faltaba “la madurez emocional necesaria para ver al hijo como persona”. Frente al niño, el adulto puede adoptar diversas formas de “reacción”: puede usarlo para satisfacer su inconsciente (reacción de proyección), puede verlo como sustitutivo de un personaje que él echa de menos (reacción de reversión) y puede sintonizar con las necesidades del niño (reacción de regresión por empatía); porque:

Esta última forma de reacción se ha alcanzado recientemente y sólo en determinados segmentos de la población, está claro que la variación de los modelos de crianza no es igual en todos los países y en todos los medios

sociales; así, la relación con la infancia es susceptible aun hoy de una amplia gama de actitudes que van desde el infanticidio a la relación empática. (...) Cualquier intento de periodizar la historia de la educación infantil debe tener en cuenta que la evolución psicogenética procede con diverso ritmo en las diversas líneas familiares y que muchos padres quedan bloqueados al nivel de modelos históricos anteriores. (DeMause:1991, p. 23)

Como todo esquema interpretativo, éste de la aplicación de principios psicológicos a la historia de la infancia corre el peligro de ser reductivo, “esquemático”(2) , sin embargo, nos advierte hasta qué punto ha intervenido la violencia en la vida infantil y, lo que es mucho más desolador, se constata que la violencia constituye la norma de comportamiento para con la infancia, norma que muchas veces no ha sido ni siquiera puesta en cuestión. La “teoría psicogénica” de la historia esbozada en la propuesta de DeMause comienza con una teoría general del cambio histórico. Postula que la fuerza central del cambio histórico no es la tecnología ni la economía, sino los cambios “psicogénicos” de la personalidad resultante de interacciones de padres e hijos en sucesivas generaciones. Esta teoría entraña varias hipótesis, sujetas cada una de ellas a confirmación o refutación con arreglo a los datos históricos empíricos:

a. La evolución de las relaciones paterno - filiales constituye una causa independiente del cambio histórico. El origen de esta evolución se halla en la capacidad de sucesivas generaciones de padres para regresar a la edad psíquica de sus hijos y pasar por las ansiedades de esa edad en mejores condiciones esta segunda vez que en su propia infancia. Este proceso es similar al del psicoanálisis, que implica también un regreso y una segunda oportunidad de afrontar las ansiedades de la infancia.

b. Esta “presión generacional” en favor del cambio psíquico no sólo es espontánea, originándose en la necesidad del adulto de regresar y en el esfuerzo del niño por establecer relaciones, sino que además puede darse incluso en períodos de estancamiento social y tecnológico.

c. La historia de la infancia es una serie de aproximaciones entre adulto y niño en la que cada acortamiento de la distancia psíquica provoca nueva ansiedad. La reducción de esta ansiedad del adulto es la fuente principal de las prácticas de crianza de los niños en cada época.

d. El complemento de la hipótesis de que la historia supone una mejora general de la puericultura es que, cuanto más se retrocede en el tiempo menos eficacia muestran los padres en la satisfacción de las necesidades de desarrollo del niño.

e. Dado que la estructura psíquica ha de transmitirse siempre de generación en generación a través del estrecho conducto de la infancia, las prácticas de crianza de los niños de una sociedad no son simplemente uno entre otros rasgos culturales; son la condición misma de la transmisión y desarrollo de todos los demás elementos culturales e imponen límites concretos a lo que se puede lograr en todas las demás esferas de la historia. Para que se mantengan determinados rasgos culturales se han de dar determinadas experiencias infantiles, y una vez que esas experiencias ya no se dan, los rasgos desaparecen.

La periodización que elabora el historiador norteamericano debe considerarse como una indicación de los tipos de relaciones paterno - filiales que se daban en el sector psicogenéticamente más avanzado de la población en los países más adelantados, y las fechas dadas son las primeras que se hallaron en las fuentes correspondientes. La serie de seis tipos representa una secuencia continua de aproximación entre padres e hijos a medida que, generación tras generación, los padres superaban lentamente sus ansiedades y comenzaban a desarrollar la capacidad de conocer y satisfacer las necesidades de su hijos. Dicha serie ofrece una taxonomía útil de las formas contemporáneas de crianza de los niños.

a. Infanticidio (Antigüedad-siglo IV). La imagen de Medea se cierne sobre la infancia en la antigüedad, pues en este caso el mito no hace más que reflejar la realidad. Algunos hechos son más importantes que otros, y cuando los padres resolvían rutinariamente sus ansiedades acerca del cuidado de los hijos matándolos, ello influía profundamente en los niños que sobrevivían. Respecto de aquellos a los que se les perdonaba la vida, la reacción proyectiva era la predominante y el carácter concreto de la inversión se manifestaba en la difusión de la práctica de la sodomía con el niño.

b. Abandono (Siglos IV-XIII). Una vez que los padres empezaron a aceptar al hijo como poseedor de un alma, la única manera de hurtarse a los peligros de sus propias proyecciones era el abandono, entregándolo al ama de cría, internándolo en el monasterio o en el convento, cediéndolo a otras familias de adopción, enviándolo a casa de otros nobles como criado o como rehén o manteniéndolo en el hogar en una situación de grave abandono afectivo. El símbolo de

este tipo de relación podría ser Griselda, que tan de buen grado abandonó a sus hijos para demostrar su amor a su esposo. O quizá sería cualquiera de esas estampas tan populares en las que se representa a la Virgen María en una postura rígida sosteniendo al Niño Jesús. La proyección continuaba siendo preeminente puesto que el niño seguía estando lleno de maldad y era necesario siempre azotarle, pero como demuestra la reducción de la sodomía practicada con niños, la inversión disminuyó considerablemente.

c. Ambivalencia (siglo XIV-XVII). Como el niño, cuando se le permitía entrar en la vida afectiva de los padres, seguía siendo un recipiente de proyecciones peligrosas, la tarea de éstos era moldearlo. De Dominici a Locke no hubo imagen más popular que la del moldeamiento físico del niño, al que se consideraba como cera blanda, yeso o arcilla a la que había que dar forma. Este tipo de relación se caracteriza por una enorme ambivalencia. El período comienza aproximadamente en el siglo XIV, en el que se observa un aumento del número de manuales de instrucción infantil, la expansión del culto de la Virgen y del Niño Jesús y la proliferación en el arte de la *"imagen de la madre solícita"*.

d. Intrusión (Siglo XVIII). Una radical reducción de la proyección y la casi desaparición de la inversión fueron los resultados de la gran transición que en las relaciones paterno - filiales se operó en el siglo XVIII. El niño ya no estaba tan lleno de proyecciones peligrosas y, en lugar de limitarse a examinar sus entrañas con un enema, los padres se aproximaban más a él y trataban de dominar su mente a fin de controlar su interior, sus rabietas, sus necesidades, su masturbación, su voluntad misma. El niño criado por tales padres era amamantado por la madre, no llevaba fajas, no se le ponían sistemáticamente enemas, su educación higiénica comenzaba muy pronto, se rezaba con él pero no se jugaba con él, recibía azotes pero no sistemáticamente, era castigado por masturbarse y se le hacía obedecer con prontitud tanto mediante amenazas y acusaciones como por otros métodos de castigo. Como el niño resultaba mucho menos peligroso, era posible la verdadera empatía, y nació la pediatría que, junto con la mejora general de los cuidados por parte de los padres, redujo la mortalidad infantil y proporcionó la base para la transición demográfica del siglo XVIII.

e. Socialización (Siglo XIX- mediados del XX). A medida que las proyecciones seguían disminuyendo, la crianza de un hijo no consistió tanto en dominar su voluntad como en formarle, guiarle por el buen camino, enseñarle a adaptarse, socializarle. El método de la socialización sigue siendo para muchas personas el único modelo en función del cual puede desarrollarse el debate sobre la crianza de los niños y de él derivan todos los modelos psicológicos del siglo XX, desde la *"canalización de los impulsos"* de Freud hasta la teoría del comportamiento de Skinner. Más concretamente, es el modelo del funcionalismo sociológico. Asimismo, en el siglo XIX, el padre comienza por primera vez a interesarse en forma no meramente ocasional por el niño, por su educación y a veces incluso ayuda a la madre en los quehaceres que impone el cuidado de los hijos.

f. Ayuda (comienza a mediados del siglo XX). El método de ayuda se basa en la idea de que el niño sabe mejor que el padre lo que necesita en cada etapa de su vida e implica la plena participación de ambos padres en el desarrollo de la vida del niño, esforzándose por empatizar con él y satisfacer sus necesidades peculiares y crecientes. No supone intento alguno de corregir o formar *"hábitos"*. El niño no recibe golpes ni represiones y sí disculpas cuando se le da un grito motivado por la fatiga o el nerviosismo. Este método exige de ambos padres una enorme cantidad de tiempo, energía y diálogo, especialmente durante los primeros seis años, pues ayudar a un niño a alcanzar sus objetivos cotidianos supone responder continuamente a sus necesidades, jugar con él, tolerar sus regresiones, estar a su servicio y no a la inversa, interpretar sus conflictos emocionales y proporcionar los objetos adecuados a sus intereses en evolución.

Como conclusión sobre su teoría de la historia de las concepciones de la Infancia, DeMause considera que:

la teoría psicogénica ofrece un paradigma nuevo para el estudio de la historia. Con arreglo a esta teoría, el supuesto tradicional de la mente como tabula rasa se invierte y es el mundo el que se considera como tabula rasa; cada generación nace en un mundo de objetos carentes de sentido que sólo adquieren su significado si el niño recibe un determinado tipo de crianza. Tan pronto como cambia para un número suficiente de niños el tipo de crianza, todos los libros y objetos del mundo quedan descartados por inútiles para los fines de la nueva generación y la sociedad empieza a moverse en direcciones imprevisibles. Todavía hemos de averiguar cómo se relaciona el cambio histórico con el cambio de las formas de crianza de los niños. (1991, p. 92)

La percepción moderna de la infancia remite entonces a imperativos de carácter religioso y político, pero además está también relacionada con factores demográficos y sociales. Como se ha señalado, autores como Ariés y , DeMause, destacan no sólo el influjo que en el nuevo sentimiento de la infancia tendrá la disminución de la mortalidad infantil y la extensión de las prácticas contraceptivas sobre todo en las clases altas, sino también la afirmación del estado medio, la futura burguesía, grupo que comienza a tener esperanza en el futuro y la deposita en sus hijos que no dejan de ser sinónimo de esa fuerza del porvenir. En este sentido, un análisis de la infancia en tanto que institución social permitirá comprender las diferentes percepciones que de la misma han existido en Occidente desde los tiempos modernos. En este contexto, la genealogía del campo infantil, sus reglas de constitución y sus transformaciones, permite captar mejor sus significaciones actuales, de este asunto se ocupa el segundo apartado del trabajo.

2. La infancia como categoría sociopolítica moderna

La historia concebida como disciplina conformada por diversos campos discursivos y de estudio de las relaciones de poder, posibilita una aproximación a la génesis de la moderna percepción social de la infancia (Varela, 1986, Narodowski, 1994). En este contexto genealógico se plantean dos aproximaciones fundamentales al mundo de los niños, a saber: una, obra de humanistas y moralistas que se configura a partir del siglo XVI; y otra, cuyo agente social más reconocido fue Rousseau y que data por tanto del siglo XVIII. Ambas están relacionadas y constituyen, particularmente la última, la antesala de las actuales representaciones de la infancia (Brüggen, 2001; Quiceno, 2001).

La primera definición moderna de la infancia emerge al interior de la formación de los estados administrativos y está vinculada a procesos que señalan el derrumbamiento del régimen feudal y el paso a una nueva organización social que comienza a estabilizarse en el siglo XVII. Reformadores protestantes y contra revolucionarios católicos diseñan una amplia estrategia de gobierno cuyas tácticas de intervención abarcan desde la construcción del Estado a la educación de la primera edad. Los nuevos modos de socialización que comienzan a difundirse a partir de Trento constituyen uno de los múltiples dispositivos encaminados a definir y a fijar las nuevas identidades sociales.

A partir de comienzos de la Edad Moderna, la infancia queda prendida en los hilos de una tupida red. En esta red las modificaciones que sufrió la educación infantil y, en particular, la definición que de ella elaboran los humanistas del siglo XVI no es sino un paradigma, un modelo a imitar. De hecho, tal como acontece en la actualidad, existieron entonces diferentes infancias cuyas formas de socialización variaron considerablemente. Como evidencia se pueden leer los tratados de educación y los libros de cortesía dirigidos a príncipes y nobles y compararlos con la *Ratio Studiorum* de los jesuitas para comprobar las diferencias. Las distancias se agrandan todavía más si hacemos intervenir a los hijos del pueblo y si además de la posición social se tiene en cuenta la variable sexo (Mesnard, 1956). Si Ariés y DeMause, muestran que la visión moderna de la infancia está determinada por imperativos de carácter religioso, político, demográficos y sociales, también plantean que la concepción moderna de infancia no fue posible sin la afirmación del estado medio, la futura burguesía, grupo que comienza a tener esperanza en el futuro y la deposita en sus hijos que no dejan de ser sinónimo de esa fuerza del porvenir.

Las nuevas formas de distribución del poder social exigirán modos específicos de educación de los niños quienes dejarán, y esto es válido sólo para los hijos de los grupos con recursos, de ser socializados directamente por la comunidad, de aprender el oficio de sus mayores, de participar con los adultos en trabajos, fiestas, juegos y diversiones. Frente a un medio social denso y cálido donde abundan los intercambios afectivos y los encuentros entre familiares, vecinos, amigos, sirvientes, adultos y niños, los colegios sustituirán al aprendizaje como forma dominante de socialización de las generaciones jóvenes e impondrán, poco a poco, la separación adultos/niños al tiempo que contribuirá a hacer realidad la especificidad infantil. Esta importante mutación se realizará en parte con la complicidad de la familia cristiana, espacio afectivo que se cierra cada vez sobre sí mismo, se aleja del ruido de la calle y de una vida de comunidad más amplia, comienza a preocuparse por la educación y el futuro de los hijos, a organizar su vida en torno a ellos y a controlar su número.

Como afirma Runge (1999), el programa educativo construido por Rousseau, así como su redefinición del campo de la infancia son difíciles de comprender si no se sitúan en los albores de la Ilustración, época de amplias transformaciones en el interior de las cuales una clase social, la burguesía, que se ha enriquecido y accedido a un nivel social elevado, se consolida como grupo social alternativo a la nobleza. Para este nuevo grupo social en ascenso, que rechaza el contacto con las clases populares, la familia se ha convertido en un lugar necesario de afectos entre sus miembros, cuya preocupación máxima es la educación de los hijos. El nuevo estilo de vida burgués implica un fuerte control de los sentimientos y de las acciones pese a que no es tan

visible como el que reinaba en la nobleza cortesana. Los constantes intercambios sociales, la progresiva división del trabajo, la creciente urbanización, la competitividad en la lucha por la vida imponen nuevas normas de relación, exigen comportamientos estrictamente regulados. Emergen con fuerza dos esferas diferentes: una, la vida privada, íntima y secreta, y, otra, la vida pública. Este proceso supondrá la privatización de numerosas funciones corporales y sexuales. La monogamia, aceptada cada vez más como una institución social obligatoria para los dos sexos, canalizará y regulará la sexualidad. Y si bien el mayor poder social del hombre en la nueva organización social favorecerá una mayor indulgencia hacia sus devaneos extraconyugales, oficialmente le estarán prohibidos al igual que a la mujer,

El Emilio se inscribe en esta perspectiva de disciplina interior, de interiorización de las normas, y su aparición no habría sido posible sin la existencia previa de teorías educativas de los humanistas y moralistas y muy especialmente sin las prácticas educativas que se aplicaron y afinaron progresivamente en los colegios de jesuitas que condujeron a la institución de la infancia como clase de edad específica. Rousseau publica en 1762 no sólo el Emilio sino también el Contrato social; ambas obras constituyen las dos caras de una misma moneda: el nuevo orden social del contrato exige un nuevo tipo de súbdito, el ciudadano, producto en gran parte de la nueva educación.

Como se sugerirá más adelante, el Emilio ha sido uno de los tratados que más ha influido en las corrientes pedagógicas contemporáneas especialmente en la denominada educación nueva, en las diferentes manifestaciones de la escuela activa, y ha sido, en consecuencia, objeto de ataques y de defensas múltiples y apasionadas. Su importancia ha sido tal que habrá que esperar prácticamente a finales del siglo XIX para que la figura de infancia que instituye, el buen salvaje, empiece a ser puesta en cuestión.

Así para Brügggen (2001) y Quiceno (2001), El Emilio sigue estando, dedicado, aunque nos parezca sorprendente en la actualidad, fundamentalmente a la educación de la infancia masculina. Infancia masculina de la nueva clase social en auge, ya que en boca de su autor el pobre no necesita recibir educación pues tiene lo que corresponde a su estado. Pero, además, según su concepción, la sociedad justa es aquella en la que cada cual ocupa el puesto que le corresponde según sus facultades; sociedad que permite alcanzar la felicidad a los ciudadanos en la medida en que ésta radica precisamente en saber ajustar los deseos a las capacidades. De ahí que aparezca como uno de los portavoces más destacados de la burguesía.

Se ha modificado la percepción de la infancia, esta nueva redefinición marcará muy de cerca nuestras actuales percepciones de los niños. De hecho, la visión rousseauiana del niño constituirá la base en la que se asientan numerosas teorías y prácticas tanto psicológicas como pedagógicas. Rousseau escribe por primera vez de forma explícita que el niño no es un hombre en pequeño, que la infancia tiene sus formas de ver, de pensar y de sentir y que nada es más insensato que querer sustituirlas por las nuestras. Elabora en consecuencia, un programa educativo que abarca desde el nacimiento hasta el casamiento de Emilio, programa que ha de desarrollarse lejos de nocivas influencias de la sociedad, en plena naturaleza y siguiendo sus leyes. La educación de Emilio comienza, pues, desde sus primeros días, y se organiza en diferentes y sucesivos estadios, ya que el espíritu está en continua transformación:

- La edad de la naturaleza: el niño de pecho (de cero a dos años).
- La edad de la naturaleza: el niño (de dos a doce años).
- La edad de la fuerza: (de 12 a 15 años).
- La edad de la razón y de las pasiones (de 15 a 20 años).
- La edad de la cordura y del matrimonio (de 20 a 25 años).

El período que abarca de los dos a los doce años referido específicamente al niño, es decir, a la infancia propiamente dicha, si bien en un sentido menos estricto la infancia abarca para Rousseau desde el nacimiento hasta los 15 años. Conviene también señalar que el verdadero ciudadano será el resultado del paso exitoso por todos los estadios. Emilio, durante este período de tiempo, recibirá una educación dirigida a desarrollar sus sentidos, su cuerpo, su sensibilidad. La educación intelectual partirá siempre, por tanto, de lo sensible por lo que no conviene que utilice libros ni se aficione a historias o fábulas. La educación intelectual y moral están reservadas para más tarde, la edad de la razón y de las pasiones- ya que el niño carece de razón y, consecuentemente de criterios morales. Esta falta de razón, considerada negativa por

los humanistas y reformadores hasta tal punto que sus programas educativos tenían como objetivo principal hacer de los niños seres razonables, aparece en Rousseau como algo natural, de ahí que su plan de actuación parta de este hecho como de algo fundado en la naturaleza. Esta naturalización tendrá efectos sociales profundos y de largo alcance, ya que a partir de ahora no solamente no hay que razonar con los niños, ni ejercitar su razón sino que además la infancia aparece dotada de otra propiedad también natural, la inocencia. Inocencia y sinrazón que combaten el pesimismo de los que veían en el niño un ser vil sometido a la corrupción del pecado original; pero que al mismo tiempo ocultan, enmascaran que la adquisición de estas cualidades fue producto de prácticas sociales concretas.

La redefinición rousseauiana del niño -ser sin razón, inocente, débil, estúpido, ignorante- refuerza el estatuto de minoría que para él habían fijado los reformadores que le precedieron, status que sigue vigente en la actualidad en gran medida, y que ha supuesto, en contrapartida, una dependencia cada vez mayor respecto al adulto. La irresponsabilidad y la debilidad infantiles aparecerán, a partir de ahora, íntimamente ligadas a una desorbitante autoridad moral del maestro a la vez que fundan una disciplina interior, poco visible, sin precedentes (Runge, 1999).

En este contexto de historia sociopolítica, la infancia es una categoría sociopolítica de la modernidad que extiende sus influencia hasta nuestros días:

Las figuras de infancia no son ni naturales ni unívocas ni eternas. Las variaciones que han sufrido en el espacio y en el tiempo son una prueba del carácter sociohistórico. Las transformaciones que han afectado a la percepción de la infancia moderna están íntimamente ligadas a los cambios en los modos de socialización. En este sentido se puede afirmar que la categoría de infancia es una representación colectiva producto de formas de cooperación entre los grupos sociales y también de pugnas, de relaciones de fuerza, de estrategias de dominio destinadas a hacer triunfar, como si se tratara de las únicas legítimas, las formas de clasificación de los grupos sociales que aspiran a la hegemonía social. Si la categoría de infancia, incluye diferentes figuras encubiertas bajo una aparente uniformidad, no se hubiese construido resultarían ininteligibles los proyectos educativos elaborados en función de grupos de edad y de prestigio, así como habrían sido inviables códigos científicos tales como los discursos pedagógicos, la medicina infantil y la psicología evolutiva. Todos estos saberes son inseparables de instituciones, organizaciones y reglamentos elaborados en torno a la categoría de infancia que a su vez se ve instituida y remodelada por ellos. (Varela, 1986; p.174).

En resumen, las figuras de la infancia se ven cada vez más atravesadas en la actualidad por códigos psicológicos y pedagógicos herederos en gran medida del jesuitismo y de Rousseau. El ilustre ginebrino no sólo naturalizó cualidades infantiles y estadios sino que además elaboró programas que pretendían responder a supuestos intereses y necesidades naturales del niño. De algún modo, esta concepción subyacente a toda la psicología evolutiva, con sus estadios, capacidades, lógicas y psicológicas, todo ello encarnado en una especie de niño universal que planea por encima de las condiciones sociales y cultural, tiende a imponerse como la única legítima en cuyo nombre se orquestan reglamentos, programas didácticos y controles.

Notas bibliográficas

1. Este artículo es continuación de una serie de trabajos sobre las concepciones de infancia que se empezaron a divulgarse en la Revista de Ciencias Humanas de la Universidad Tecnológica de Pereira: "Concepciones e imágenes de la infancia" (Nº 28/2001); "El "descubrimiento" de la infancia (I): historia de un sentimiento" (Nº 30/2001).
2. El resultado de este proyecto es precisamente el libro Historia de la infancia; en éste se incluyen además del trabajo de Lloyd deMause, las siguientes colaboraciones: "Barbarie y religión: la infancia a fines de la época romana y comienzos de la edad media"; "Supervivientes y sustitutos: hijos y padres del siglo IX al siglo XIII"; "El niño de clase media en la Italia urbana, del siglo XIV a principios del siglo XVI"; "El niño como principio y fin: la infancia en la Inglaterra de los siglos XV y XVI"; "Naturaleza y educación: pautas y tendencias de la crianza en los niños en la Francia del siglo XVII"; "La crianza de los niños en Inglaterra y América del Norte en el siglo XVIII"; "Un período de ambivalencia: la infancia en América del Norte en el siglo XVIII"; "Ese enemigo es el niño": la infancia en la Rusia imperial"; "El hogar como nido: la infancia de la clase media en la Europa del siglo XIX".

Bibliografía

- Ariès, P. (1973) *L'enfant et la vie familiale sous l'Ancien Régime*. Paris: Seuil.
- Ariès, P. (1986) "La infancia" *Revista de Educación*, 281, 5-17.
- Ariès, P. (1987) *El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen*. Madrid: Taurus.
- Brüggen, F (2001) "Perfectibilidad y educación: la construcción de la naturaleza en el pensamiento de Jean Jacques Rousseau" En: Echeverri Sánchez, J.A (Editor) *Encuentros Pedagógicos Transculturales. Desarrollo comparado de las conceptualizaciones y experiencias pedagógicas en Colombia y Alemania*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, 249-262.
- DeMause, LL (1991) "La evolución de la infancia" *Historia de la infancia*. DeMause, LI (editora). Madrid: Alianza Universidad. p. 15-92.
- Mesnard, P (1956) "La pedagogía de los jesuitas" En: Château, J (Editor) *Los grandes pedagogos*. Méjico: Fondo de Cultura Económica, p. 53-110.
- Narodowski, M (1994) *Infancia y poder. La conformación de la pedagogía moderna*. Buenos Aires: Aique.
- Quiceno, H (2001) "Rousseau: experiencia e ilustración", En: Echeverri Sánchez, J.A (Editor) *Encuentros Pedagógicos Transculturales. Desarrollo comparado de las conceptualizaciones y experiencias pedagógicas en Colombia y Alemania*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, 263-271.
- Runge, K (1999) "La paradoja del !reconocimiento de la niñez desde la pedagogía. Reflexiones en torno al eco rousseauiano" *Revista Educación y Pedagogía*, 23/24, 65-86.
- Ulvieri, S (1986) "Historiadores y sociólogos en busca de la infancia. Apuntes para una bibliografía razonada" *Revista de Educación* , 281, 47-86.
- Varela, J (1986) "Aproximación genealógica a la moderna percepción social de los niños" *Revista de Educación*, 281, 155-175.